

Cierto que, al rematarse la perniciosa componenda que dió por desaparecido el poder colonial, no habían sido muy hondas las lesiones inferidas a las clases favorecidas desde tiempo inmemorial; pero ninguna de ellas conformábase con la perspectiva de que el pueblo, una vez iniciado en la manumisión, pudiera continuar exigiendo la parte que le correspondía en el gobierno de un país que, a costa de los sacrificios y de la sangre de sus hijos, lograba quebrantar la pesada cadena de una dependencia tricenaria y asfixiante.

AL PARTIDO CONSERVADOR DEBE LA PATRIA SUS MAS PENOSOS DOLORES

A ese grupo de recalcitrantes partidarios del poder absoluto, debe México las más dolorosas desventuras de su historia.

Aún concediendo que entre la funesta pandilla de monarquistas o intervencionistas —términos que, dentro de la política mexicana, siempre se confundieron—, por rarísima excepción hubiera individuos que de buena fe creyesen en que sólo con la autocracia era nuestra patria gobernable; no por ello dejan tampoco éstos de tener su parte de responsabilidad en las desdichas que sobre el suelo que les vió nacer, atraían.

Para librarse del dictado de proditorio asesino, es inútil que el homicida arguya que si mató alevosamente a un semejante, fué con objeto de suprimir una existencia perniciosa.

Y, como quiera que sea, quienes se afanaban en reimplantar un régimen monárquico, en su inmensa mayoría no obraban sino estimulados por bastardos intereses personales; por la bajeza de su condición moral; por su insaciable codicia de riquezas y de mal calificados honores. Mal calificados, sí; porque los honores obtenidos en premio de la traición, no vienen a ser, en suma, sino baldón de oprobio y de ignominia.

Incapaces de disfrutar una libertad de que eran indignos, prestos en todo instante a entregar la patria al extranjero y fascinados con la vaga esperanza de poder besar las plantas de un príncipe, acción en que parecían hallar un deleite inefable, como el que encuentra un cañ en lamer la mano que lo apalea; desplegaban una tenacidad que frisa en lo increíble.

Pero no cabe duda que hay individuos para quienes sostener la posición vertical, es una insoportable tortura.

DESDE 1840 GUTIERREZ DE ESTRADA HABIA IMPLORADO AYUDA DE EUROPA

Desde el año de 1840, José María Gutiérrez de Estrada había publicado un folleto, panegírico de la monarquía, tan ofensivo al decoro nacional, que no tuvo más remedio que ex-patriarse; pero en Europa continuó maquinando la restauración, por cuantos medios se le ofrecieron a su alcance. A contar de 1846, fueron más ostensibles las gestiones que en Inglaterra y en Austria desenrollaba para conseguir apoyo a la idea de la implantación del estado monárquico en México.

Ni el espectro sangriento del ajusticiado de Padilla, ni la forma unánime en que el sentimiento nacional se expresó cuando la tentativa hecha por España para volver a apoderarse de lo que había sido la más preciada joya de su imperio colonial desarmaban ni debilitaban la tenacidad de los monarquistas mexicanos. Los cuales, lo mismo desde la penumbra pestilente y sofocante de las sacristías, que desde las oropeles cortas europeas, continuaban urdiendo planes, firmes en el designio de ahogar las más legítimas aspiraciones de un pueblo, cuya marcha hacia la redención de sus derechos, tenía que ser arrolladora; pese a todas las penalidades, pese a todos los sacrificios, pese a todos los obstáculos.

Ya el licenciado Benito Juárez, desde que, como miembro del gabinete del general Alvarez, habíase ocupado en redactar la ley general sobre administración de justicia, con su penetrante perspicacia de vidente, escribía, en "Apuntes para mis hijos":

"... Triunfante la revolución, era preciso hacer efectivas las promesas, reformando las leyes que consagraban los abusos del poder despótico que acababa de desaparecer. Las leyes anteriores sobre administración de justicia adolecían de ese defecto, porque establecían tribunales especiales para las clases privilegiadas, haciendo permanente en la sociedad, la desigualdad que ofendía a la justicia, manteniendo en constante agitación el cuerpo social. No sólo en este ramo, sino en todos los que formaban la administración pública debía ponerse la mano, porque la revolución era social..."

Sí, como siempre lo fué, aunque no explícitamente, desde los primeros malogrados intentos para sacudir el yugo colonial, para modificar más tarde aquel estado de cosas que se prolongó más allá del virreinato, y que por desgracia ni los últimos períodos revolucionarios han conseguido corregir, al haber arraigado en las filas avanzadas, los caudillos depredadores y la burocracia relajada. Aquel estado de cosas, decíamos, en que la gran masa de población permanecía sierva, hambrienta, explotada y oprimida por una minoría de zánganos —seudo nobleza, latifundismo, clero, ejército—, que de hecho, y no obstante el triunfo de la insurgencia, mantenía la más odiosa de las esclavitudes en el México independiente, donde hasta la enseñanza elemental era privilegio de las clases adineradas.

ESPELUZNANTE ERA LA CONDICION DE LOS PEONES DEL CAMPO EN EL PAIS

Una imagen aterradora, por ser de un realismo que destila sangre y lágrimas, fué la que, precisamente sobre la condición lastimera del paria mexicano, desplegó el 19 de agosto de 1865, ante los ojos de Maximiliano, el ingeniero agrícola francés Bournof, para dar al príncipe una noción exacta de lo que era la vida infeliz de los peones del campo:

"¡He visto, escribíale, a hombres azotados con vergajos hasta sangrar; he puesto literalmente el dedo en las cicatrices; he alimentado familias que morían de hambre y eran llevadas al trabajo a latigazos por el mayordomo; he visto a hombres agonizantes de extenuación, cargados de cadenas, arrastrándose al sol para acabar su vida bajo la mirada de Dios, y luego arrojados en un agujero como un perro muerto! El hacendado especula hasta con la comida de esta pobre gente y hasta con el andrajo que la cubre a medias. La obliga a comprarle todos sus alimentos, y a un precio superior, al del mercado de la ciudad; véndele con usura todas las ruines telas de que tiene necesidad, de manera que, en último resultado, el indio no recibe más de un real (0 fr. 65) por un trabajo de catorce horas. Es preciso que el indio se endeude cada vez más; en esto el amo es poderosamente ayudado por los sacerdotes, todos los cuales obligan a pagar precios exorbitantes por los sacramentos de la religión, y explotan a ultranza la

credulidad supersticiosa del indio. Particularmente la liquidación de semana santa se arregla siempre con pérdida para el peón —originalmente el español—, y su situación no cesa de empeorar. Con tal sistema, se ha llegado a que no exista una sola familia india que no deba por lo menos cien pesos".

Eternamente aparecerán en connivencia el poder temporal —por el latifundismo y el ejército absorbido—, y el poder espiritual —monopolizado por el clero—; porque su pética alianza garantizaba a éste y a aquéllos la subsistencia de su predominio, y la posibilidad de seguir animalizando y fanatizando a un pueblo trabajado y famélico, a quien apenas si concedían el sustento más indispensable para que no pereciera por inanición, y dejase de continuar aumentando las insolentes riquezas de los privilegiados.

EN LAS FILAS CONSERVADORAS LOS HOMBRES DECIDIDOS NO ABUNDABAN

Más por fortuna, excepción hecha de algunos militares de bien reconocida bravura, los conservadores no descollaban ni por su resolución ni por su audacia, y siempre se manifestaron dispuestos a sacar la castaña con la mano del gato, aun cuando sus uñas refulgieran con destellos de bayonetas extranjeras. Mas para, cuando quien se alió con ellos estaba a punto de perderse, abandonarlo con el apresuramiento con que las ratas se ausentan del barco, cuyo naufragio, irremediable y próximo, son las primeras en prever.

Así sucedía, repetimos, por ventura para los destinos nacionales; ya que la pusilanimidad de carácter, la tacañería incurable y la infamia en el proceder, proporcionaban a los graníticos varones republicanos algunas de sus mejores armas, para combatir al enemigo de la Patria.

Apocamiento e ignominia eran tan patentes, que para ponerlos de resalte, basta con acudir a testimonios históricos irrefragables, algunos de ellos suministrados por los mismos clericales, conservadores o monarquistas, o por sus cómplices en la empresa de que tan mal librados por último salieron.

Clero, ejército, políticos reaccionarios... fueron ellos los instigadores de la última intriga imperial, que había de culminar, para eterno escarmiento, en el patíbulo de Querétaro.

EL CORTESANO ACEPTA GUSTOSO LAS
HUMILLACIONES MAS OPROBIOSAS

Acopiemos algunos apuntes para bosquejar el retrato de los monarquistas, que a la postre resultará principalmente pintado por ellos mismos y por sus patrocinadores. Así destacarán algunas de aquellas sus deformaciones psicológicas, que les volvían indispensables, tan indispensables como el oxígeno al aparato respiratorio, la humillación, el vejamen y el oprobio.

"El general Forey, —asienta Arrangoiz, uno de los conservadores más recalcitrantes y que fué funcionario del imperio de Maximiliano—, olvidó por completo la parte más sensata de las instrucciones que le dió el emperador Napoleón: **reprimir rigurosamente todo acto o palabra que pudiera herir a los mexicanos; no olvidar la altivez de su carácter** —poco demostrada, subrayaremos nosotros, por quienes aventuráronse a apoyar la descabellada aventura del iluso archiduque—; conciliarse ante todo a las poblaciones. Así el general comandante, como la mayor parte de los jefes y oficiales del ejército expedicionario, se daban aires de conquistadores, no de aliados y amigos; manifestaban un orgullo despreciativo hacia los mexicanos, tanto paisanos como militares; con lo cual se enojaban las voluntades, en lugar de atraérselas, de los conservadores —tampoco esta afirmación está avalada por los hechos— y los indiferentes, y complacían a los enemigos del imperio... Tan impolítica y ofensiva era para los militares mexicanos la conducta de los franceses, que llegó a tratarse —pero no a realizarse, seguiremos recalando nosotros— en el ejército de no recibir las pagas, que se afectaba dárselas como limosna".

NADA ATEMORIZA TANTO AL SIERVO COMO EL
LATIGO QUE FRENTE A SUS OJOS RESTALLA

Los invasores no se tentaban el corazón para fusilar a los cabecillas reaccionarios sospechosos de tibieza o convictos de desafección. Los que habiendo una vez defecionado regresaban a sus filas —como ocurrió con Buitrón— eran indefectiblemente liquidados en el patíbulo, y sus secuaces sufrían los castigos más vejatorios e infamantes; deportaciones, azotes, etc.

Penas que, con citas eruditas y efusivos comentarios, defendía o panegirizaba "L'Estafette"; a la vez que colocaba a los

mexicanos al nivel de los siervos más despreciables, como se verá por la siguiente transcripción:

"Habiendo invadido los escitas del Ponto Euxinio el Asia Menor, hicieron allí grandes conquistas y se disponían a penetrar hasta el corazón de Persia, cuando los detuvo una noticia enojosa. Un correo llegado de Escitia anunciaba a su príncipe que, rebelados los esclavos, amenazaban con destruirlo todo. No cabía vacilación: dióse la orden de emprender la retirada y de volver a Tartaria forzando marchas. La vanguardia encontró a los esclavos formados en batalla, trabó el combate y salió de él maltrecha. El príncipe avanzó inmediatamente y se desquitó de esta manera: mandó a sus soldados que, dejando flechas y jabalinas, se echaran sobre los insurrectos látigo en mano. Al ver a sus amos blandiendo el arma infamante, sobrecogidos de terror los esclavos y transidos de respeto, se rindieron sin hacer resistencia..."

"El castigo de los azotes —agregaba el diario del ejército de ocupación— es humillante, no cabe duda; pero somos también de los que opinan que cuando el encarcelamiento es un castigo irrisorio; cuando la reclusión, lejos de ser un suplicio o una vergüenza, se convierte en un cambio de lugar cómodo y en título de gloria para bribones y viles, es bueno, es justo, es necesario que la ley ate una correa en la punta de una cuchilla, e infame sin misericordia a los bribones que tienen gastadas y endurecidas las cuerdas de la honradez. Cuando un ser humano está envilecido hasta el grado de que la vergüenza no puede subir a su frente sino pasando más abajo de los cuadriles, debe herirle la ley en el lugar ignominioso".

Y después de referir cómo los clericales, que torpemente llegaron a suponer que el ejército francés no sería sino dócil instrumento para la realización de sus ambiciones, vieron frustrarse sus esperanzas, la hoja periodística, sin circunloquios declara: "nunca partido alguno se halló en posición más forzada y humillante: los conservadores se veían obligados a aplaudir los triunfos de sus mismos enemigos, pues enemigos eran los que los dejaban en peor predicamento que los liberales, sin que pudieran sacudir la cadena que se habían echado al cuello".

El general francés Naige, llamaba al clerical, partido "infimo".

PARA LOS ARCHIDUQUES ERAN LOS MEXICANOS SERES DE RAZA INFERIOR

Maximiliano y Carlota consideraban seres de raza inferior a los mexicanos que iban a darles su efímero imperio. Para nada el primero les tomó en cuenta al concertar convenios con los acreedores ingleses, cuando ya preparaba la salida de Miramar hacia México. Y de las tres históricas ocasiones que la archiduquesa, en la tierra de que iba a sentirse emperatriz, derramó públicamente lágrimas —siempre por su orgullo ofendido—, una de ellas fué cuando, al llegar a la capital, cierta horrible vieja, mujer de algún dignatario, con sus brazos sarmientosos abrazó el apetitoso cuerpo, y con sus hediondos bellos rozó los labios tentadores de la imperiosa emperatriz.

La princesa, al sentir el repulsivo contacto de aquella sibilante boca, estuvo próxima a desmayarse, de indignación, de rabia, de asco.

Maximiliano prodigaba sin rebozo, a sus lacayunos y sumisos partidarios, los más ofensivos motes: mochos, pelucas viejas, mandarines, cangrejos.

Pero el olímpico desprecio con que el príncipe intruso y la cauda de audaces aventureros que desde Europa trajo, les ofendían, no provocaban en los clericales la menor protesta. Si no es que contribuía a hacer más incondicional y ciega la obediencia frente a los amos que ellos mismos se habían dado; sin perjuicio de farfullar censuras en las reconditeces de las sacristías olorosas a quemado incienso y a combusta cera, y acumulados hediondos humores de beatas histéricas y haldudas.

A QUIENES PIDEN ENVIOS DE TROPAS, BAZAINE CONTESTALES: ¡SED HOMBRES!

A los requerimientos que los traidores elevaban para que se les mandasen guarniciones francesas que les dieran garantías, poco faltó para que Bazaine les respondiera: "sed hombres, se desvanecerá vuestro miedo y podréis defenderos vosotros mismos de los amagos republicanos".

Al contestar la reiterada renuncia del prefecto de Morelia, Maximiliano asentó que "el partido conservador hacía traición

al Imperio; pero que el gobierno tenía los ojos abiertos para castigar a los traidores, lo mismo en México que a los que influían en Roma".

¡Y los traidores a él, entiéndase bien, eran los que habían comenzado por traicionar a la Patria!

Al inaugurar en la plaza de Guardiola un monumento erigido a la memoria del Cura Morelos, el archiduque asesta otro latigazo en el rostro de sus dóciles partidarios; cuando, en uno de los períodos del discurso que en tal solemnidad pronunció, expresa: "No veo a mi derredor sino personas tituladas: que se llame a todos los BUENOS MEXICANOS; quiero verme rodeado de mi pueblo".

Al llegar la noticia del buen éxito obtenido por los belgas en las proximidades de Tacámbaro: "La archiduquesa sintió un placer extraordinario con el triunfo de sus compatriotas sobre los mexicanos con quienes no le ligaban ningunos vínculos de nacionalidad, y a los cuales, lo mismo que muchos extranjeros, veía con el mismo desprecio que inspiran seres de una raza inferior.

"Había encontrado Hidalgo —José María— a la sociedad honrada —no se olvide que Arrangoiz llama "honrada" a la sociedad precisamente deshonorada por el apoyo que ofreció al invasor extranjero y al gobernante intruso—, casi unánime en sus quejas contra Maximiliano, particularmente a los monárquicos verdaderos, que se dolían de que S. M. se hubiera separado de la política conservadora y de los hombres que la representaban, que se manifestaban ofendidos de que S. M. se burlara de las personas más dignas y respetables, delante de mexicanos y de extranjeros aventureros que eran conocidamente hostiles al imperio y al catolicismo, aunque de ellos se rodeaba S. M."

OPINION DE POLITICOS ACOMODATICIOS HABIAN CONQUISTADO LOS MONARQUISTAS

El concepto que Bazaine mismo abrigaba sobre los imperialistas, no era más favorable que la que Maximiliano había formado: "En cuanto a los funcionarios que han prestado su concurso al gobierno de S. M., dice aquel, los creo **demasiado hábiles** para comprometerse inútilmente, o para exponerse a

eventualidades previstas por ellos. Todos han sabido hasta ahora, y sabrán en el porvenir, colocarse por sí mismos al abrigo de todo peligro".

Diestro y exacto retratista nos ha resultado el mariscal. Todos los monarquistas prominentes procuraban vivir en la tranquilidad y en la abundancia. A la caída del imperio, los que no se apresuraron a fijar su residencia en Europa, donde vivían como nababs, obtuvieron del gobierno republicano acomodos más o menos pingües. De aquel mismo gobierno republicano al que tan implacable y rabiosamente habían combatido, cuando disputaban el triunfo de los advenedizos por incuestionable.

Ante el temor de que Maximiliano abdique, Lares acude en solicitud de entrevistarle, para entregar el pliego de dimisión del gabinete de que es jefe. El archiduque no se digna siquiera recibirle; pero Bazaine, el militar ordenancista, encárgase de evitar que los ministros se desbanden, no sin acudir a la amenaza categórica.

Al obstinarse los clericales en retener a Maximiliano, como reteniéndole acabaron, para poder seguir enarbolando su nombre por bandera de los intereses de la traición, "L'Estafette", al replicar a "La Patria", les estigmatiza con estas duras palabras:

"¡Es, pues, en los deplorables sucesos de 1858, 1859 y 1860 en lo que el periódico ministerial funda sus esperanzas; es allí donde va a buscar los estímulos y el presagio de un triunfo seguro! ¡Oh, torpes, que evocáis el recuerdo de una época en que se vió a vuestros campeones del orden escandalizar a la República con sus excesos de indisciplina, a vuestros campeones de la propiedad forzar las cajas fuertes, a vuestros campeones de Dios, deshonorar a la humanidad con ejecuciones feroces! ¡Es a esos días de exacciones sin número, de persecuciones, a donde se querría conducirnos, y no se teme decirlo, y se atreven a proponer a un soberano que levante esa espada y se convierta en aventurero! —Pues bien, señor, le diremos a nuestra vez: ese gobierno modelo, cuyas tradiciones se os pide que sigáis, fusilaba a los niños y a los médicos, y colgaba después de un largo martirio a gentes honradas arrancadas de sus hogares. ¿Os gustan los fusilamientos y la horca? —En esa época, cuando los hombres de Estado estaban alcanzados de fondos, enviaban a forzar un depósito de dinero y encerraban en las letrinas de la Diputación a los capitalistas hasta que medio as-

fixiados, se decidían a capitular pagando lo que no debían. ¿Podrías, señor, arrastrar vuestro manto imperial en esas inmunidades?"

EL INFIDENTE URAGA DEFINE LA CONIC CUAL ES LA PSICOLOGIA DEL TRAIOR

Pero ni palabras ni acciones vejatorias parecían hacer mella en el ánimo de los intervencionistas, cuya muy peculiar psicología define con lacónica elocuencia un militar, que por haber sido infidente, debió haberla estudiado y conocido muy a fondo.

Reunidos en Coeneo, Michoacán, algunos de los más prominentes patriotas de la región, el general López Uraga, invítóles a defeccionar de las filas republicanas para incorporarse a las del Imperio.

—"No sean ustedes tontos —díjoles—; si ahora nos hacemos traidores, es para traicionar mañana a la misma traición".

Consideraba ya perdida la causa de la independencia y buscaba el acomodamiento con el régimen de los intrusos; pero a la postre había de pagar su "cambio de chaqueta" con la vida.

El dócil carácter de los intervencionistas aveníase a todo. Hasta aceptar con mansedumbre la posición de inferioridad que, con respecto a los extranjeros, érales asignada; "pues es una de las humillaciones que tienen que sufrir los imperialistas mexicanos, la de que reunidos a una fuerza extranjera, el **mexicano** por alto que sea su empleo en la jerarquía del ejército, debe reconocer como superior al oficial, francés, belga o austriaco, aunque sea inferior a él".

TIPICO EJEMPLO DE ABYECCION EVOCADO POR EL GENERAL DIAZ

Uno de los ejemplos más lastimosos de los extremos a que llegan estos seres, nacidos con el alma monstruosamente formada por una irresistible inclinación a la más vil y espontánea servidumbre, nos lo ofrece en sus memorias el general

Porfirio Díaz, cuando recuerda a un individuo llamado Juan Pablo Franco que, "... si es dable creer a la crónica de antecámara, desde su primera entrevista con el Emperador se prosternó a sus pies, le tomó la mano y la besó, exclamando: "Vos sois el hombre de ojos azules y cabellera rubia que hace tiempo fué prometido al país, para darle riqueza y prosperidad"! La adulación, el atrevimiento o la vendididad del cumplimiento agradó a Maximiliano, quien lo levantó, le abrazó, le condecoró, le nombró Prefecto de Oaxaca, le hizo Comisario Imperial de Tres Estados, etc., etc...

La náusea incoercible que en el general Díaz provocabla la condición moral de traidores de la calaña del licenciado Juan Pablo Franco, tiene que ser común a todo hombre bien nacido.

EL ALMA CORTESANA ES UNA MISMA EN TODOS LOS CLIMAS Y LATITUDES

Pero hay que admitir que el bajo nivel moral del cortesano, es uno mismo también en todos los tiempos, en todos los climas y en todas las latitudes. Al leer las anteriores líneas, viene el recuerdo lo que el duque de Saint-Simon cuenta de las adulaciones de que era objeto, no digamos ya un monarca omnipotente, sino el mariscal duque de Vendome, cuando gozaba de la privanza de Luis XIV, e irradiaba en el apogeo de su grandeza. Transcribámoslo, para completar aquí nuestra semblanza:

"Cuando estaba con su ejército, levantábase muy tarde, sentábase en el sillico —o letrina portátil— y expedía sus órdenes matinales. Quien tenía algún pendiente con él, esto es, oficiales, generales y gentes distinguidas, era el tiempo en que le hablaban. Tenía acostumbrado al ejército a esta infamia.

Y he aquí cómo prosperó su fortuna el famoso italiano Alberoni:

"Como el duque de Parma tuviera que tratar algún asunto con M. De Vendome, le envió al obispo de Parma, que quedóse estupefacto de que le recibiera en su sillico.

"Sintióse tan indignado que, aunque sin decir palabra, se volvió a Parma sin dar término al negocio que le había lleva-

do, y declaró a su señor que nunca en su vida regresaría después de lo que sucedídole había. Alberoni era hijo de un jardinero que, sintiéndose con talento, habíase endilgado un alzacuellino, para, bajo la apariencia de un abate, colarse allí donde su esclavinilla de tela no hubiera tenido acceso. Era bufón, y a M. de Parma agradábale como cualquier villano camarista que divierte; y divirtiéndose con él, encontró que no carecía de talento, y que podía ser capaz de llevar algunos negocios a feliz conclusión. No creyendo pues que el sillico de M. de Vendome reclamara otro emisario, envióle a reanudar y a dar término a lo que el obispo de Parma no había acertado a rematar.

"Alberoni, que no sabía fruncir el entrecejo, pero sí al dedillo quién era Vendome, resolvió hacérsele grato a cualquier precio, para conducir a dichoso desenlace la encomienda que su amo le daba, y aprovechar la coyuntura para sacar él mismo la tripa de mal año. Púsose al habla, pues, con M. de Vendome que seguía como enclavado en su sillico. Amenizó el negocio con ocurrencias que hicieron desternillarse de risa al general, a quien de antemano había preparado con una lluvia de elogios y de reverencias. Vendome lo trató lo mismo que al obispo había tratado, y acabó levantándose del sillico. A la vista de lo cual, Alberoni, exclamó: "¡O culo di angelo!" y corrió a besárselo. Nada hizo adelantar más sus negocios que aquella infame bufonada. M. de Parma, que por su posición tenía más de un asunto que tratar con M. de Vendome, al ver los felices comienzos de Alberoni, sirvióse siempre de él".

El inundo adulador acabó cambiando de amo, y llegó a ser el privado de Vendome y su principal secretario, para quien no hubo ya secretos.

A las más oprobiosas acciones estarán siempre dispuestos individuos de tan ruin condición moral; máxime cuando la proximidad del peligro presientan.

Pero volvamos al general Díaz, cuya repugnancia por esa clase de gente, estalla en las siguientes palabras:

"Antes de mi llegada a la ciudad de México, Portilla, que se titulaba Ministro de Guerra, ofreció entregarme la ciudad si se le daban garantías personales, y O'Horán me hizo la misma proposición, asegurando que me entregaría a Márquez, con tal que le asegurase su vida y le diese un pasaporte para el extranjero. Los traidores son villanos aun entre ellos mismos".